



*ESPIDO  
FREIRE  
PRIMER  
AMOR*

*Ariel*

Espido Freire

# Primer amor

*Ariel*

## Índice

<i>Introducción</i> . . . . .	11
<b>Chico conoce chica</b> . . . . .	17
La Bella Durmiente: príncipe azul soltero busca. . . . .	21
El porquerizo: la niña pija. . . . .	26
La cajita de yesca: la pasión. . . . .	29
El sastre: más vale maña que fuerza . . . . .	33
Riquer el del copete: el que a feo ama. . . . .	36
Rapunzel: la mosquita muerta . . . . .	39
El retrato: los idiotas santos. . . . .	41
<b>Chica conoce chico</b> . . . . .	43
La Cenicienta: nos vamos de caza. . . . .	45
Las hadas: <i>Miss Princesa</i> . . . . .	48
Piel de Asno: no nos moverán. . . . .	53
Robin Hood: el chico malo . . . . .	55
La princesa y la rana: la chica mala . . . . .	58
La Bella y la Bestia: el hombre y el oso. . . . .	62
<b>Los tímidos.</b> . . . . .	65
El Gato con Botas: el amigo del alma. . . . .	69
Pulgarcita: la casamentera. . . . .	71
Hamlet: dudo, luego existo. . . . .	73

<b>Los imposibles</b> . . . . .	79
La Sirenita: el sufrimiento sin recompensa . . . . .	81
El soldadito de plomo: cuando no se es como todos . . .	85
Los dos hermanos: los cuatro muleros . . . . .	88
La princesa y la sal: amar a papá . . . . .	90
Peter Pan: el niño mimado . . . . .	92
<b>Los siniestros</b> . . . . .	95
Barba Azul: la maté porque era mía . . . . .	97
Caperucita Roja: cuidado con el lobo feroz . . . . .	100
Rumpelstinkin: las amistades peligrosas . . . . .	103
Los Nibelungos: niña mala, mujer perversa . . . . .	106
<b>Los convencionales</b> . . . . .	115
La ratita presumida: un buen hombre que te mantenga	116
El budín: el señor de la casa . . . . .	119
La princesa del guisante: la chica-florero . . . . .	121
La ratita: obedece a tus mayores . . . . .	123
Griselda: la recompensa del sufrimiento . . . . .	128
Alí Babá y los cuarenta ladrones: la secretaria . . . . .	131
<b>Los invisibles</b> . . . . .	135
Apolo y Jacinto: salir del armario . . . . .	136
Las mil y una noches: casarse con una bruja . . . . .	138
Narciso: espejo, espejito mágico . . . . .	144
<i>Conclusión</i> . . . . .	147
<i>Lista de cuentos citados</i> . . . . .	151
<i>Bibliografía</i> . . . . .	171

## Chico conoce chica

No se vive más amor que el primero: a partir de ahí, comienzan a amontonarse. De hecho, no se siente más amor que el primero, rememorado una y otra vez. En el amor buscamos convertirnos en inmortales, hacernos inolvidables para la otra persona, y muchas veces lo único que conseguimos es que el fantasma del amado no nos abandone jamás. Los ojos de aquella muchacha, que se buscan incansablemente en las demás. El tono de voz, maravilloso en el recuerdo, del chico del primer beso, que nunca ha vuelto a saludarnos.

Estos amores resumen lo mejor y lo peor de la experiencia sentimental: delirios y promesas, expectativas y decepciones, manipulaciones por los dos lados, refuerzo de los roles tradicionales, o rechazo de los mismos. En ellos se arrastran creencias que provienen de la familia, de los amigos, de la costumbre, o las películas. En la mayor parte de las ocasiones, el comportamiento se rige por lo que se espera de las dos personas, o lo que el grupo circundante demanda, no por el auténtico sentir de ambos. Se vive como una partitura ejecutada por dos, pero no siempre escrita para dos: los instrumentos raramente concuerdan, aunque la música no tiene por qué ser desagradable.

Hasta ahora no se han dado explicaciones satisfactorias que desvelen el fenómeno misterioso del amor: ni las feromonas, ni las atracciones químicas, ni los cánones de belleza, ni las percepciones inconscientes, ni la marca indeleble de los modelos paternos y maternos ofrecen una respuesta satisfactoria. El ser humano no puede vivir sin afecto. Sin embargo, el cariño y el afecto pocas veces encajan con la pasión deslumbrante, la furia, la *manía* que supone el primer amor, y que deja el cuerpo exhausto y preparado para los siguientes.

Aún no ha desaparecido la compasión que se les dedicaba a las solteras, y que se ha trasladado sin más preámbulos a las mujeres solas. Los hombres gozan de cierto margen de confianza: un hombre, si se lo propone, puede conseguir una mujer que le cuide a cualquier edad. Sin embargo, una mujer pierde posibilidades a medida que envejece, aunque sea ella la destinada a cuidar al otro. Como carga añadida, la mujer soltera, a la que se ha negado durante siglos la capacidad de elegir (aunque no la de decidir, como luego se verá en los cuentos), estaba sola *porque nadie la había elegido*. Sus prendas naturales (belleza, dulzura, obediencia) no habían seducido a ningún varón, y por tanto, se la suponía inexperta, una eterna niña. Se la compadecía porque no conocía el amor, el auténtico amor, el que provenía de un hombre que la deseara.

Al varón, en cambio, se le suponía ciertos escauceos, pero un carácter difícil, o una vida azarosa, o un acusado espíritu de independencia. Sea como fuera, el solterón se encontraba en un estado transitorio. La solterona se hallaba apalancada en el celibato, que se había convertido en su esencia.

La idea del amor tal y como se entiende en la actualidad es muy reciente, y ha evolucionado tremendamente a lo largo de los siglos. Se ha banalizado, también, debido

a la falta de obstáculos. El amor debía superar determinadas pruebas que han desaparecido: pruebas de fidelidad, de persistencia, de continencia. Las teorías sobre el amor libre dinamitaron las dos primeras, y la libertad sexual la tercera. El amor actual, muy lejos de aquel amor cortés que le dio origen en las cortes provenzales, valora muy positivamente la consumación del mismo y el contacto de los cuerpos.

Ha perdido también parte del elemento de maldición que poseía en los dos últimos siglos, posiblemente porque las bodas no suponen ya una unión de patrimonios, y por lo tanto, que unos muchachos se enamoren no rompe con los planes de la familia del mismo modo que podría hacerlo en el siglo XIX.

Por otro lado, la relación entre los dos sexos es más fluida; las niñas no estudian en convento y los chicos se van librando incluso de la mili. La educación mixta y la total interrelación entre hombres y mujeres aumentan las posibilidades de entablar relaciones amorosas: se dan en el instituto, o incluso antes, en el colegio; en la universidad o en el centro de trabajo. Se conocen en discotecas, bares, conciertos, o por internet. Las situaciones son incontables.

El primer amor puede surgir desde la primera adolescencia hasta la tercera edad. Se dan casos de ancianos que han descubierto, ya en la residencia, que nunca habían estado enamorados como en ese momento. Repito de nuevo que el primer amor no es siempre el primero que se experimenta, sino el que queda fijado de forma indeleble, el que sirve de referencia y guía para las relaciones posteriores. El que algunos han dado en llamar «el gran amor», o «el amor de la vida» o «el amor verdadero».

Se han popularizado las películas, o las novelas, en las que el argumento puede resumirse de manera muy sencilla:

Chico conoce chica.  
Chico se enamora.  
Chico pierde chica.

Pero no todas las chicas, ni por supuesto, todos los chicos que se conocen, son iguales. El muchacho, el protagonista del cuento, por llamarlo así, tiene que enfrentarse a situaciones muy diversas, y a princesas de todos los colores. A veces, y muy contrariamente a lo que puede esperar, serán ellas las que vendrán a buscarle.

Los hombres actuales se quejan de cierta desorientación: las chicas desean que se las corteje, pero se ofenden si se comportan como machos tradicionales. Rechazan algunas muestras de cortesía, pero añoran ser tratadas como princesitas. Reclaman su independencia, pero a partir de cierta edad parecen morir por una relación estable y unos hijos. No soportan a los machistas, pero acaban siempre con los canallas mayores del reino. ¿Quién entiende a las mujeres?

Existe alguna explicación a todo ese barullo: para comenzar, las mujeres han evolucionado tremendamente en poco tiempo, y los hombres no han cogido su paso: ya no se educa a las niñas como hace veinte o treinta años, pero los cambios en la educación de los niños han sido mínimos. Por otro lado, un gran número de hombres confunden la cortesía con las normas de urbanidad básicas. Por otro, muchas mujeres no saben realmente lo que desean, como la gran mayoría de los hombres.

El papel tradicionalmente asignado al varón era el activo: el hombre escalaba montañas, conquistaba tierras, partía a la guerra, corría peligros pero también aventuras. Si se negaba a ello, era una nenaza. La mujer, mientras tanto, se quedaba en casa. Si se negaba a ello, era un mari-macho. La sociedad no toleraba cambios evidentes de rol: el príncipe en su caballo blanco, la princesita en la torre.

El héroe triunfaba, derrotaba; la heroína debía esperar y vivir su vida a través de las experiencias de su amado. El mundo funcionaba así, como siempre había funcionado, y a decir de algunos, las cosas parecían ir mejor cuando todos sabían a qué atenerse. Hombres machos, mujeres muy femeninas y una familia unida.

La experiencia demuestra que no era así. Ni los hombres estaban siempre satisfechos de su papel, ni las mujeres podían demostrar sus capacidades. Una relación no basada en la igualdad entre los dos miembros sólo puede estar condenada a la ruina. La mayor parte de los príncipes y las princesas lo saben, y eso sí que puede darnos esperanzas de que el mundo funcionará así, y que las cosas podrán ir mejor.

### **La Bella Durmiente: príncipe azul soltero busca**

Cuando nace Ana, sus padres se vuelven locos de alegría. Puede que sea hija única, o la única niña de los hermanos. Crece sobreprotegida, un poco mimada, pero ¿quién no mimaría a una muchachita guapa, cariñosa, despierta, buena hija, y que no presenta problemas en el colegio? Recibe las advertencias que se le dan a todas las niñas: que no se manche la ropa, que no regrese a casa despeinada y sudorosa, que no se entretenga en juegos demasiado violentos, pero no hace falta insistir demasiado. Ella misma tiende a las muñecas, a la lectura y a permanecer sentada muchas horas.

Pasa el tiempo y los consejos cambian de tono, para ocuparse de temas abiertamente sexuales. Se espera de ella el comportamiento adecuado a una niña buena. Con la adolescencia, Ana se retrae; ya no es la niña comunicativa y dulce. Pasa cada vez más tiempo en su cuarto, apenas cuenta nada de interés a sus padres.

Entonces, de la noche a la mañana, Ana se echa novio. Ríe, habla continuamente, pide consejo a su madre, con la que a ratos mantiene feroces discusiones, pasa horas charlando con sus amigas, y sale de su letargo. Rodrigo es hijo de unos conocidos, buen chico, educado; no puede decirse nada malo de él. Cuando Rodrigo consigue un trabajo estable (hablar de «fijo» es una quimera en la actualidad), compran un piso y se casan. La boda, máxima ilusión de la madre, queda inmortalizada en varias fotos preciosas, y en un vestido blanco cuidadosamente elegido.

Durante los años siguientes, Ana y Rodrigo viven felices, con los más y los menos de unos recién casados. Tienen dos hijos, una niña y un niño, y Ana deja su trabajo para dedicar todo su tiempo a las criaturas. No atraviesan dificultades económicas, porque Rodrigo ha ascendido en la empresa, e incluso pueden contratar a una canguro que cuide de los niños mientras salen a cenar alguna noche.

El padre de Rodrigo muere, y su madre viene a vivir con la joven pareja. Parece una buena solución: cuidará de los niños y Ana podrá trabajar de nuevo, en un principio a media jornada. A Rodrigo lo trasladan al departamento de comerciales y pasa fuera prácticamente toda la semana. Las disputas entre Ana y su suegra comienzan; según la abuela, Ana malcría a los niños, es demasiado coqueta, no sabe administrar una casa... la lista de acusaciones es inacabable. El chantaje emocional se extiende a los niños, y Ana se siente extraña en su propia casa. Uno de sus compañeros de trabajo, paño de lágrimas y quizás enamorado platónico, le aconseja plantar cara a la vieja. Ana duda... los maridos suelen apoyar a sus madres frente a las esposas.

Al fin, los problemas se ponen sobre el tapete y, muy a regañadientes, la suegra deja la casa. Ana abandona definitivamente el trabajo y la situación parece complacer a todos.

Ésta sería, aproximadamente, la vida de una Bella Durmiente actual. Una historia común, la educación de una mujer, desde niña, para entregarse a un marido y unos hijos a cambio del romance.

Durante años, la opción de la Bella Durmiente era la única socialmente aceptada: la muchacha aguardaba al príncipe azul, plácidamente dormida, sin posibilidad de rechazar al hombre que se interesaba por ella, y mucho menos de elegir a quién la convertiría en visible a los ojos del mundo. La hazaña del hombre se reducía a esperar que el hechizo de la niñez se disipara, y cortar un par de zarzas (timidez, recelos, falsos pudores) que protegían a la chica.

Había dos días importantes en la vida de la mujer: el de la Primera Comunión, y el de la boda. El resto de los fastos la consagrarían en su papel de madre, o la relegarían a un segundo plano, a favor de mujeres más jóvenes. Sabía, por tanto, que el único momento de brillar con luz propia era su boda. El vestido de boda era *el* vestido por excelencia. Aún en la actualidad, la mística que rodea la ceremonia de sponsales no ha perdido importancia. Incluso las bodas por lo civil tratan de paliar su brevedad y su frialdad con flores, poemas y trajes tan complicados como en las religiosas. La boda sacraliza el pagano flechazo de Cupido, otorga respetabilidad y disciplina a una pasión que se caracteriza por el rechazo a las leyes humanas y divinas.

Casarse con el novio de toda la vida, con la novia de la infancia, todavía se considera en determinados sectores una garantía de autenticidad, de honradez, de fidelidad a unos principios demasiado torturados por las veleidades del sexo fácil y la modernidad. La comunidad gitana tradicional repudia a la mujer que no llega virgen al matrimonio, o que ha pasado por más de un hombre antes de la boda. y en el imaginario popular, la pareja capaz de encontrar el amor al primer intento es digna de envidia.

La realidad contradice de manera cruel esas previsiones. Los cuentos no siempre van más allá del «comieron perdices». En la mayor parte de las versiones de *La Bella Durmiente* se omite la brutal ferocidad de la suegra ogresa; y cabe pensar que con el tiempo la dulce princesa se convertirá en una madrastra inflexible.

El romance que hizo verter ríos de tinta, la boda del siglo, el vestido nupcial más copiado de los últimos veinte años pertenecieron a una Bella Durmiente, una chica despertada por un príncipe auténtico, y cuya vida, brillante y breve, transcurrió entre palacios y suegras hostiles. El cuento truncado de Diana de Gales hizo soñar durante dos décadas a las mujeres de todo el mundo, y la mala suerte hizo que muriera cuando abandonaba su camisa de Bella Durmiente y saltaba a otra historia en la que poseía las riendas de su vida.

Su muerte, como su existencia, encajó perfectamente con una leyenda: la dulce princesa compasiva con niños y enfermos murió a lomos del mecánico corcel negro del príncipe oriental que la había rescatado de un palacio gélido; ambos perdieron la vida mientras huían de las aves carroñeras que les perseguían. La popularidad, el fervor casi religioso que se desencadenó con la Princesa de Gales, están plenamente justificados: responden a un arquetipo firmemente implantado en el inconsciente colectivo.

¿Qué ocurre con el príncipe? ¿Con el chico que conoce a una chica que no se burla de él, ni de sus inseguridades, con la que se siente a gusto, aunque tal vez no corresponda al ideal que ha imaginado según las revistas pornográficas, los cómics, o sus propios sueños personales?

Durante siglos, los hombres se preocuparon muy poco por conocer a las mujeres. De hecho, sólo mantenían contacto estrecho con ellas durante los primeros años de vida; cuando el niño crecía, se le apartaba del

ambiente de madre y hermanas, y comenzaba a tejerse a su alrededor una red de relaciones masculinas, de las que aprendía que lo peor que podía pasarle en el mundo era que lo confundieran con una mujer, o que dudaran de su virilidad.

Aprendía a despreciar a su madre por ser sentimental y variable, por dejarse someter frente a su marido, por ser débil. Sin embargo, se le enseñaba a venerar su papel de madre abnegada, y se le instaba a buscar un modelo similar, al que toda lógica dicta que despreciaría con el tiempo.

Existían mujeres buenas y malas mujeres. Una mujer que accediera a sus requerimientos sexuales era mala. La que se negara (la que, por tanto, le hiciera sufrir) era buena. Una esposa debía pasar inmediatamente del estado de virgen a madre, sin pasos intermedios. Las malas mujeres, en cambio, campaban a sus anchas en ese lugar de tránsito.

Esos comportamientos y esas ideas, aunque atenuadas, perduran. Las Bellas Durmientes se despiertan de vez en cuando y echan una ojeada a su alrededor, y los príncipes se demoran un poco en despertarlas, o se las encuentran ya con los ojos abiertos de par en par, pero la historia aquí narrada es la de un romance típico. Incluso cuando se rompe, se habla de «final del cuento de hadas».

Desde luego, una gran parte de estos amores perduran en el tiempo. Si los dos componentes de la pareja se conforman con los roles típicos, si los dos se pliegan a lo que se espera de ellos, las fricciones sociales disminuyen, y con ello los problemas. Las voces que clamaban que la desintegración de la familia surgió cuando la mujer se incorporó al mercado de trabajo respaldaban esa idea: la Bella Durmiente, casada o soltera, no puede ni debe actuar. Pero las Durmientes actuales se están pinchando con las zarzas que las rodean, y los hombres no vienen a auxiliarlas.

Algo está cambiando en el cuento en los últimos años: algo sumamente inquietante, y que no estaba previsto. Todos los personajes permanecen a la espera, paralizados, esperando que el otro dé el primer paso. Parece que la maldición del hada se ha extendido también al príncipe y que falta tiempo para que alguien, quien sea, venga a despertarles.

### **El porquerizo: la niña pija**

No siempre las elecciones están tan claras. No siempre un príncipe se encuentra con una dulce muchachita dormida. Las ayudas del Destino no suelen ser tan contundentes. Y desde luego, no siempre las niñas están encantadas de ser las destinatarias de un amor que no buscaban ni deseaban.

El porquerizo se fija en la princesa más rica, más bella, la más vistosa de cuantas conoce. Es pobre, pero le sobra seguridad. Al fin y al cabo, es un hombre, y ha escuchado hasta la saciedad que un hombre, aunque no sea el soñado, siempre es mejor que ninguno. Tal vez pueda coger a la chica (la más guapa de la clase, la que mejor viste, la que posee ese aire superior de los elegidos; no sale con muchos chicos, pero los que escoge son guapos, un poco mayores que ella, y con dinero) por sorpresa.

Una de las opciones que se le presentan es impresionarla, pero hay demasiados pavos reales a su alrededor. Otra, hacerse su amigo y confidente, consolar sus penas, echarle una mano en matemáticas, o con la mudanza, cuando no sepa poner enchufes, y así, poco a poco, entrarle por los ojos.

He escuchado hasta la saciedad decir que la amistad entre hombre y mujer no existe, y he constatado que en muchos casos el dicho es cierto: se rompen las barreras,

o en el objetivo inicial no figuraba la amistad, sino la conquista. Cuido a mis amigos como a perlas raras, pero instintivamente tiendo hacia una posición maternal con ellos. Pese a todo, la sospecha de que una atracción de otro tipo pueda romper la amistad, o que mi interés por ellos pueda malinterpretarse, continúa ahí, escondida, en algún lugar de mi mente.

El porquerizo, decíamos, se aproxima a la chica por esos senderos tortuosos. Es un asaltante con bandera blanca, que finge que ella puede contarle sus secretos y abrirle su corazón sin temer malas intenciones. La reacción más habitual suele ser que la moza, un tanto desorientada por ese chico que no muestra interés en ella, ni siquiera se plantea la posibilidad de salir con él.

Pongamos que una de sus mejores amigas se encapricha del tímido aspirante y logra seducirle, o al menos, estrechar su amistad. Inmediatamente, el porquerizo cambia: se corta el pelo, varía de estilo de ropa, adopta hábitos corteses hasta entonces desconocidos, endereza la espalda y aprende a sonreír entornando los ojos. Tiene una chica que no le interesa demasiado con quien practicar hábitos de seducción, y va progresando a ojos vista. La princesita perfecta ya no le parece tan perfecta: acaba de descubrir que tiene la piel grasa, y que le gustan Alejandro Sanz y las comedias románticas que él no soporta. Y no termina de perdonarle el tiempo inútil que ha empleado en intentar conquistarla. Si pasa ante ella, apenas la saluda.

Cuando le llegan noticias de que ella saldría de buen grado con él, rompe a reír y se niega en redondo. Tampoco continúa con la otra chica: ha descubierto su atractivo, y en su mente se ha instalado una salvaje desconfianza hacia las mujeres. Su experiencia le ha enseñado a fingir, a mostrar una identidad que no es la suya. Ha interiorizado que no hay como ser un poco castigador

para conseguir sus objetivos. De nada sirve mostrarse cortés, amable y atento, por lo que ha visto. Los guapos y los caraduras logran lo que buscan. Si no se es así, hay que parecerlo. Al fin y al cabo, al antiguo porquerizo no le hubieran considerado digno de ninguna mirada femenina.

Si para las mujeres medievales la reputación social descansaba en los actos de sus hombres, en la actualidad muchos chicos consideran que su valía depende de las chicas con las que salen. El prestigio se contagia rápidamente. Recuerdo que en mi pueblo se daban, de vez en cuando, conversaciones de este tipo:

—Fulanita sale con Menganito (siendo Menganito uno de los guapos y crudos del lugar).

—¿Con Menganito? ¡Anda ya!

—Te lo juro. Los vieron juntos en fiestas de Orduña (primera fiesta del buen tiempo, donde cuajaban los amores primaverales, una especie de baile de fin de curso).

—Ostras. Pues si sale con él, tiene que estar buena. Y yo que no me había fijado...

Curiosamente, una vez que se sale, o que se ha logrado salir con la niña elegida, la guapa, la pija, el objeto de tantos desvelos, la cosa no suele continuar adelante. ¿Para qué? Era un reto, y había que demostrar que podía conseguirse. Una vez superado, otros desafíos aguardan. Y si se puede desairar a la antaño dulce enemiga, mejor que mejor: hay que demostrar que ya no importa, que es una etapa quemada. Que el daño que produjo al no dejarse conquistar a la primera lo sufra ella ahora. La obsesión no había nacido del amor, sino del orgullo, y suele ser un mal modo de iniciar un romance verdadero.